

naturaleza sino unos manantiales fecundos de turbaciones, injusticias y calamidades.

En el Norte de la Europa se iban formando soberanías, cuyos principios aun eran muy endebles y muy oscuros, si subimos á su origen, y disipamos las tinieblas que cubren su cuna. Las naciones septentrionales solo fueron conocidas al paso que la religion christiana fué penetrando en ellas, y les dió luces, principios de moral, é ideas de orden y de virtud. Hablaremos de ellas quando describamos los trabajos de los varones apostólicos que les llevaron la luz de la fe, y fueron para ellas los fundadores de la sociedad ni mas ni ménos que los *autores de su conversion al Evangelio*.

## ARTICULO II.

*Progresos del mahometismo y del poder de los califas.*

Quando hemos hablado de Mahoma y de su religion en el siglo precedente, solo nos hemos dedicado á dar á conocer este célebre impostor y el sistema religioso que intentó substituir al antiguo culto de su nacion, delineando rápidamente su historia, y mostrando los medios de poner en execucion el asombroso proyecto que habia discurrido, y siguiendo tambien sus empresas y los progresos del eslamismo hasta su muerte, que acaeció en 633. Pero como aquel artículo ya se hacia largo, nos hemos remitido á este para volver á tomar en él el hilo de los sucesos, subiendo otra vez á la época en que lo hemos dexado. No habiéndose, pues, establecido la religion musulmana, ni propagado sino por las armas, su historia no viene á ser otra cosa que una historia de conquistas mas ó ménos rápidas con que se señalaron los reynados de los soberanos que se vieron suceder al poder de Mahomet en el orden político y religioso.

Este fundador del eslamismo no designó al morir al que despues de él se habia de revestir de la doble autoridad que habia exercido. Los que habian participado principalmente de sus hazañas y confianza, disputaron el derecho de sucederle. Alí, primo y yerno suyo, pretendia como heredero con mas fundamento que otro ninguno, y

sin embargo le separaron del trono por el crédito que tenia Ayesha, viuda de Mahomet, y la mas querida de sus mugeres á pesar de las freqüentes infidelidades y de haber jurado un odio irreconciliable á Alí, porque no le habia correspondido á los tiernos afectos que dicen que ella le tenia. Esta muger, á quien respetaban por extremo todos los buenos musulmanes, acertó á ganar las voluntades con tanta destreza, que hizo recaer la eleccion de los árabes en Abubequer, uno de los capitanes que se habian formado al mando de Mahoma, y habia mostrado mas inclinacion á su persona, y manifestado mas zelo por su religion. Tomó el título de califa, esto es, vicario ó lugar-teniente del profeta, para dar á entender que Mahoma aun despues de muerto presidia siempre al destino de su pueblo de manera, que las cabezas de la religion y del estado que despues de él llegaban al mando supremo, eran unos representantes suyos en el exercicio del poder que él les habia transmitido.

El primer cuidado de Abubequer fué juntar en un volumen las hojas desunidas en que Mahoma habia escrito sus revelaciones y preceptos. Dividióle por capítulos sin observar por eso orden alguno en la conexion de las materias, porque en efecto no lo habia observado el mismo Mahoma en sus ideas ni en los asuntos que trataba. De este trabajo del primer califa resultó el libro sagrado de los musulmanes que nombraron Alcoran del artículo *al*, y la palabra árabe *Koran*, que significa, como hemos dicho, *lectura ó escritura*, porque como este libro divino contiene segun ellos todo lo que se ha de creer y obrar para salvarse, esta es la *lectura ó escritura* por excelencia.

Abubequer despues de haber acabado esta obra, que era monumento del amor que habia tenido á su amo y de su piedad, solo pensó en seguir el proyecto que habia formado Mahoma de someter toda la tierra á su religion; y así comenzó por atacar ciertas tribus árabes que habiendo abrazado por temor el eslamismo, habian tornado á su antiguo culto desde que habian visto á Mahoma en el túmulo, y por el mismo motivo habian sacudido tambien en otros pueblos del Oriente, sometidos rápidamente, el yugo despues que habia muerto el conquistador. El principal objeto de la política de Abubequer mientras poseyó la dignidad de califa fué volverlos á la obediencia por el terror de las

armas, mantenerlos en ella, y obligarlos tambien á servir al engrandecimiento del poder musulman, inspirándoles todo el ardor del fanatismo. Y aunque el logro se hizo muy difícil por los partidarios y divisiones inevitables á los principios del imperio, cuya forma y gobierno aun no estaban establecidos, no por eso afloxó en sus intentos; ántes bien volvió sus armas contra los pueblos, cuya conquista meditaba Mahoma, quando la muerte atajó sus proyectos. Quitó á los persas la Iraca, que es la antigua Caldea, y á los griegos la Siria, quando la tenían ocupada con un ejército de doscientos mil hombres, á los quales deshizo enteramente el general Kaled con treinta y seis mil hombres á lo mas que tenia á sus órdenes, el qual era uno de los mas grandes oficiales que hubo entónces entre los musulmanes, y al talento y virtudes que hacen grandes á los hombres en la guerra juntaba el entusiasmo de su secta. Abubequer que así aterraba el trono de Persia y el de Constantinopla, murió despues de haber reynado cerca de tres años y medio. Los historiadores árabes elogian su moderacion, su desprecio del fausto, su desinterés y su vida sencilla y frugal: lo mismo aseguran de su sucesor Omar I., cuya perfecta equidad mas que todo alaban con el zelo ardiente por su religion, y una escrupulosa exactitud en observar hasta los mas mínimos ejercicios de ella. Ademas del título de califa tomó Omar tambien el de emir al mommenin, que dice comandante de fieles, y pasó como el primero á todos sus sucesores, y en su tiempo hicieron las armas musulmanas progresos casi increíbles, como se vió en Kaled y demas generales que puso á la frente de sus tropas, que le sometian nuevas provincias cada dia. A la vista del emperador Eraclio, que habia ido á socorrer á Damasco capital de la Siria, con un ejército considerable, quedó sojuzgada, y Jerusalem tuvo la misma suerte; pero tuvo la dichosa precaucion de sacar la verdadera cruz, y llevarsela á Constantinopla quando vió amenazada de los infieles la ciudad. Por otra parte quedó vencido Indegardo por los generales del califa en una batalla sangrienta, con cuyo suceso se acabó la monarquía de los persas. Tambien se rindieron á los musulmanes la Mesopotamia, la Media y la Bactriana, á quien siguió bien presto el Egipto, extendiéndose los mahometanos á la conquista de Alexandria y al resto del Africa, que iba cediendo al esfuerzo

de un poder irresistible, quando fué asesinado Omar. No pudo Othman evitar la misma suerte á pesar del aumento de autoridad que las nuevas conquistas añadieron al poder tan temible y absoluto de califa. Ayesha fué quien maquinó la sedicion que causó su pérdida, valiéndose para ella de todo el ejército. Diéronle muchas puñaladas sin respeto al Alcoran de que se habia servido como coraza para defender el pecho. Othman habia acabado de someter la Africa hasta el estrecho de Gibraltar, y agregado con las armas del célebre Moavia las islas de Chipre, de Rodas y de Arado á las vastas posesiones de los musulmanes.

Llegó por fin Alí á la dignidad de califa que tanto habia deseado, pero para perderla bien presto, sin poderla disfrutar pacíficamente el poco tiempo que la poseyó. Porque habiendo sido Moavia proclamado en Damasco, quien ademas de la reputacion de un gran capitán y musulman piadoso, tenia la ventaja de hallarse al frente de un ejército enseñado á vencer baxo sus órdenes, y á sostenerse con todo el crédito de Ayesha; habia entrado en su partido, y le habia rendido homenaje en Damasco Amrou, que habia conquistado el Egipto en tiempo de Omar. Y así Moavia con partidarios de semejante reputacion llegó á ser un rival formidable de Alí, empezando uno y otro á sostener sus pretensiones con las armas en la mano. Estaba á punto de declararse la guerra y derramar por intereses particulares la sangre de los eslamistas, que no debia verterse sino por la gloria de la religion, quando fueron puestos en negociacion los derechos respectivos de los dos pretendientes al califato; pero habiéndose desvanecido el proyecto del ajuste por fraude, fué preciso volver á tomar las armas, y sujetarse á la suerte del combate. Encendióse una guerra civil, y habia llegado el punto de ver á los conquistadores de la Asia y de la Africa encarnizados en destruirse unos á otros, y vengar ellos mismos las naciones que habian sojuzgado, quando espiró Alí en manos de un asesino á los cinco años de su reynado, no pasando aun de quarto sucesor de Mahomet, y siendo ya el tercero que caia del trono por un parricida, crimen tanto mayor, quanto la persona de los califas debia por dos razones ser inviolable por los dos derechos igualmente sagrados de la diadema y del altar que en ellos se reunian. Esta es una observacion que deberian hacer con la sinceridad

de que se jactan los escritores modernos, que injustamente atribuyen al christianismo crímenes, que un zelo fanático y reprobado en la moral del Evangelio hizo cometer á algunos christianos mal instruidos ó descarriados por una imaginacion pervertida.

Los obstáculos que alejaron tanto tiempo á Alí de la dignidad suprema del califato, y las divisiones que le despojaron de ella por medio de un matador sacrílego, fueron el origen de un cisma, por el qual estan aun separados los musulmanes en dos sectas enemigas. La una es la secta de Alí que siguen los persas detestando á Abubequer, á Omar y á Othman como usurpadores, y los maldicen en sus oraciones: la otra es la de Omar que abrazaron los turcos mirando á los partidarios de Alí como á hereges y excomulgados, si bien no hay entre unos y otros diferencia alguna esencial en quanto á los dogmas, los preceptos morales, y las prácticas exteriores. Así como es cierto el ser casi imposible impedir que los hombres formen partidos en qualquiera institucion religiosa en que se intente reunirlos, así lo es tambien que unas mismas causas dexen de producir casi necesariamente unos mismos efectos en todas las sociedades que tienen por objeto los intereses del espíritu. Tambien esta es una observacion importante que deberian tener presente aquellos que se dedican á disculpar con tanto cuidado los extravíos y rarezas del entendimiento humano en materia de religion.

Moavia, cuyo partido se iba engrosando cada dia por la reunion de los que habian seguido algun tiempo las banderas de su competidor, para asegurarse en el trono, no tuvo con quien guerrear despues de la muerte de Alí, sino con el débil y devoto Ursen, nieto de Mahomet por Fátima. Llevado al califato por los partidarios de su padre Alí, le renunció prefiriendo al esplendor de un trono agitado las dulzuras de una vida obscura en que pudo sin violencia ni incomodidad entregarse á los ejercicios de su religion. Con este motivo Moavia, príncipe animoso, inteligente en el arte de la guerra, capaz en la ciencia del gobierno, dulce, humano, bienhechor, y verdaderamente digno de mandar, se vió solo dueño del imperio musulmano. Libre de sus competidores y tranquilo en lo interior, empleó la bravura inquieta de sus árabes en hacer nuevas conquistas á los romanos, y les quitó la Armenia y la Natolia. Yesid su hi-

jo, á quien habia hecho reconocer por sucesor, cargó sobre las tropas del imperio hasta Constantinopla, adonde llegó á poner el sitio, y ya el ejército de su mando estrechaba vivamente á esta capital, quando se vió precisado á abandonar la empresa por la pérdida de la armada que habia sido destruida con el fuego *gregeois*, y por la muerte de su padre, por la qual recaian en él toda la obligacion del califato y todo el peso del gobierno.

No se hace mencion particular en la historia de suceso alguno considerable en su reynado, que fué corto y lleno de turbaciones; y Moavia II., Marvan y Abdallah, sus sucesores, no hicieron mas que aparecer; porque las facciones civiles que se descubrieron tan activas en tiempo de estos príncipes les agitaron tanto su vida el poco tiempo que ocuparon el trono, que no se pudo tomar conocimiento de sus buenas ó malas qualidades, ni juzgar lo que hubieran sido en circunstancias mas dichosas. Abdalmelek extendió su dominacion hasta la India; y en tiempo de Valid su hijo, fué quando se agregó la España al imperio de los califas, que al fin del siglo séptimo era mucho mayor que el de los romanos en tiempo del mayor poder de los Césares.

Valid I., de quien acabamos de hablar, reynaba con gloria al principio del siglo octavo, y sus conquistas en el Occidente hacian terrible su nombre á todos los pueblos; pero tuvo poco tiempo las riendas del gobierno para poder dar fin á las empresas que habia meditado. Tornaron en su muerte á renacer las facciones, y á dividirse los musulmanes entre los diferentes príncipes que disputaban el trono. Una continuacion de estas turbaciones civiles fué la causa de que tambien se cometiesen nuevos atentados contra la magestad sagrada de los califas, y tres de estos príncipes fueron muertos á hierro y emponzoñados, llevándose poco tiempo los unos á los otros. Despues de la muerte de Marvan III., décimoquarto y último soberano de la casa de los omniadas, que habia comenzado por Othman, tercer sucesor de Mahomet, hubo una revolucion en el gobierno, que en los escritores árabes se nota con cuidado como uno de los acontecimientos mas célebres de su historia; y la anunciaban ya algun tiempo ántes los movimientos y sublevaciones que se hacian en las provincias en favor de los Abasides, familia poderosa que tenia

su origen comun con el de Mahoma, y subía al abuelo del profeta. Esta grande disension se decidió con las armas, pues habiendo sido Marvan vencido muchas veces, y por fin muerto en el último combate, quedó por su muerte el imperio musulmano á su rival Abul-Abbas, primer califa de la rama de los abasidas. Esta mudanza manejada por astucia y con la fuerza, no puso luego en quietud al estado, porque los omniadas tenian partidarios, y era menester reducirlos ó ganarlos, y la nueva dinastía no pudo gozar pacíficamente de su usurpacion sino despues de haber degollado á todos aquellos que por su sangre eran de la familia que habian suplantado. Muchas veces se ha visto, aun entre los christianos, á los despotas sofocar todos los afectos de justicia y de humanidad, y hacer crueles sacrificios á su seguridad personal y á los intereses de su casa. La línea de los omniadas, sin embargo de las órdenes sanguinarias dadas contra ella por el nuevo califa, no se extinguió enteramente, que habiéndose libertado un príncipe de esta casa de la general mortandad de los suyos, y refugiándose en Africa, pasó á España, en donde tomó el título de califa, y fundó una nueva dinastía de omniadas, de que hablaremos con frecuencia adelante.

Aunque el cetro pasó á nuevas manos, el uso del poder soberano se dirigia siempre por los mismos principios, y parecia que á todos los sucesores animaba el espíritu de Mahoma: la línea de los omniadas habia trabajado con acierto en el aumento del imperio y de la religion, siguiendo las miras del profeta; pero la casa de los abasidas no siguió el mismo plan de conquistas con ménos ardor ni ménos felicidad: pues en su tiempo se vió extenderse el eslamismo por el Oriente y Mediodia hasta la China y la India, y estaban baxo las leyes de los califas el Tigris, el Eufrates, el Oxó y el Indo, señalándose todos los dias los exércitos con nuevas victorias. Estando ya triunfante la ley musulmana en el Africa pasó al continente de la Europa, se apoderó de casi toda la España; y sin que la barrera opuesta de los Pirineos pudiese detener á este torrente impetuoso, se extendió rápidamente por la Gascuña, el Languedoc, el Poitou, y las provincias confinantes. Y en breve hubiera inundado toda la Francia, si la nacion que habia echado á los romanos de las Gaulas

no hubiera opuesto su valor á las armas de los sarracenos, al mando de una cabeza digna de gobernarla.

Tal era la vasta extension del imperio musulmano, quando habiendo entrado el califato en la casa de los abasidas subieron en este siglo su gloria al grado mas alto los principes de esta nueva dinastía. Hubo muchos grandes hombres que honraron el trono con sus buenas qualidades, y merecian estar siempre unidos á él para felicidad de los pueblos, y entre ellos, los que mas se distinguieron, fueron Abul-Giaffar, de sobrenombre Almanzor *el Victorioso*, Moamed Mahadi su hijo, y Aroun, que mereció el sobrenombre de Al-Raschid ó *el Justiciero*: los quales tres se hicieron justamente célebres en la historia por sus famosas victorias, por su prudente gobierno, y por el gusto en las ciencias.

No habiendo reynado apénas quatro años, Abul-Abbas, primer califa de la casa de los abasidas, fué llamado al trono por su muerte Almanzor su hermano en el año 754 de la era christiana. Era mirrhago, que es decir jefe de la caravana de los peregrinos de la Meca, empleo que habia tenido su hermano, y era de mucha consideracion entre los sectarios de Mahoma. Vióse este príncipe agitado en sus principios con muchas revoluciones que fué menester desvanecer. Concurrió con otros á deshacer á Abdallah su tio, que habia tomado en Damasco el título de califa, y estaba sostenido por un partido considerable, y habia juntado tropas para salir con sus pretensiones. Almanzor envió contra él á Abou-Mousseu, general experimentado, con fuerzas capaces de reducirla; y habiéndose encontrado los exércitos cerca de Nisibe en las fronteras de Persia, quedó vencido Abdallah, y huyó á ocultar la vergüenza de su derrota en Bássorah, ciudad nuevamente fundada por el califa Omar, junto á la confluencia del Tigris y del Eufrates para cerrar á los persas la comunicacion con los indios, en donde descubierta la fuga y retiro de Abdallah, pereció en las ruinas de la casa en que se habia refugiado. Pacífico y temido Almanzor, despues de la muerte de este enemigo, se dedicó enteramente al gusto de las ciencias y de las artes, sin descuidar por eso en las expediciones militares, comenzadas por sus predecesores, adelantandolas por medio de sus generales con tanta actividad como dicha. Llamó á su corte á los filó-

sofos y geómetras, cuyas potencias avivaba con recompensas y honores; y se complacia en tratar con ellos, porque tambien él era sábio; y los historiadores alabaron sus conocimientos en la astronomía y en la matemática. Ni mas ni ménos elogiaron tambien mucho su dulzura, su afabilidad, la elevacion de sus pensamientos, y la prudencia de su gobierno; pero aunque generoso para con los sábios, y equitativo naturalmente, no disimularon los vicios de haberse dexado arrastrar de la avaricia y de la venganza, soltando por todos los medios las riendas á estas pasiones. El fué el fundador de la célebre ciudad de Bagdad, junto á la ribera oriental del Tigris, para residencia de los califas, y corte del imperio musulmano.

Mohamed-Mahadi, hijo y sucesor de Almanzor, heredó todas las buenas qualidades de su padre, y no los defectos. Era magnífico, liberal y amigo de las ciencias y de las artes, é hizo felices á sus pueblos, y floreciente su imperio con los beneficios que mandó hacer, y el cuidado de ir á buscar el mérito en la inferioridad. Pasaba por pródigo el placer que tenia en dar, puesto en paralelo con la demasiada economía de su padre; pero él estaba cierto que el aumento de las riquezas de un príncipe consiste en derramar sus favores á propósito, y emplear sus recursos en el fomento de las artes útiles y del comercio. Estuvo en guerra casi siempre con los romanos, y aunque no les hizo grandes conquistas, á lo ménos conservó la ventaja que tenían las armas musulmanas ántes de él en todos los parages, que habian sido tan largo tiempo hábia el teatro de la guerra. Llegó tambien hasta el Bósforo, y ya Constantinopla comenzaba á temer su desgracia, quando la emperatriz Irene, ocupada en sus proyectos ambiciosos, atajados con esta guerra, negoció la paz con él, y le empeñó á retirarse, mediante un tributo anual de setenta mil escudos de oro que ella se obligó á pagarle. Mohadi sobrevivió poco tiempo á este tratado tan vergonzoso para los sucesores de Constantino y de Teodosio.

Al corto reynado de Hadi, hermano de Mohamed, sucedió en el gobierno Aroun Al-Raschid, el qual era tambien hermano de Mahadi, y habia formado su talento político y militar en el estudio y mando de los exércitos ántes de reynar. No habia tenido jamas el trono de los califas el esplendor y brillantez que él le dió en la magnificen-

cia de su corte y gasto de su casa. Bien presto fueron disipadas algunas revoluciones que turbáron los primeros años de su reynado, ya por la derrota de los rebeldes, ya por las negociaciones diestramente concluidas. Habiendo intentado el emperador Nicésforo substraerse del tributo vergonzoso que Irene se habia obligado á pagar, le puso Raschid bien pronto en la necesidad de ratificar el tratado, y en hacerle feliz condescendiendo en concederle la paz por este precio. Aunque implacable en sus venganzas personales, y tambien poco político en la eleccion de los medios que ponía en quitar la vida á sus enemigos, era no obstante de una equidad perfecta, y de una imparcialidad sin igual, quando se trataba de hacer justicia á los otros. Su corte era el asilo de todos los literatos atrayéndolos á ella con beneficios, siendo para ellos la mayor lisonja el agrado, y hasta una especie de igualdad con que los trataba. Son muchas las obras antiguas que se traduxeron de su orden. La astronomía, las matemáticas y la química eran las ciencias cuyos progresos fomentaba mas, porque tenia complacencia de aplicarse á ellas él mismo, y habia salido muy hábil. A los sabios, cuyo trabajo excitaba él, debe la geometría la invencion de la algebra, la astronomía la de los almanaques, y la medicina la invencion de muchos remedios saludables. De este modo, por el genio y liberalidades de este príncipe llegaron los árabes, que habian pasado en el mundo como enemigos de las ciencias y de las artes, á ser los dueños de otras naciones, las quales fueron allí á sacar los conocimientos que la barbarie habia desterrado de casi todo el universo. Se puede asegurar que si la famosa biblioteca de Alexandría, destruida por la ignorancia fanática del segundo califa, subsistiera aun en su tiempo, conservaria él este rico depósito, y los sabios gozarian hoy en todas partes de una infinidad de obras preciosas que fueron pábulo de las llamas. Raschid, contemporáneo de Carlo Magno y su elogiador, le aventajaba á los demas monarcas. Envióle embaxadores cargados de presentes, no como los que destina un soberano para otro soberano, sino como los que un sabio y un filósofo cree que deba ofrecer á un amigo que conoce el valor de las ciencias y de la razoh. Los regalos eran tablas astronómicas, instrumentos propios para el cálculo y las observaciones, libros traducidos en árabe, ó comentados por escritores de esta lengua que

estaba en su perfeccion entónces, y otras cosas de este genero. Llenaba este príncipe todo el Oriente con su nombre, quando demedió su carrera en la edad de quarenta y siete años de vida, y veinte y tres de reynado. En su muerte, acaecida poco mas de siglo y medio despues de la de Mahomet, el imperio de los musulmanes comprehendia la Caldea, las tres Arabias, la Mesopotamia, la Asiria, la Media, la Siria, la Palestina, el Egipto, toda el Africa hasta la Mauritania, la Persia, el Kerman, la India, el Korasan, el Tabarectan, el Zabal, todos los países que se extienden por las orillas del Oxò, la Armenia, la Natolia, la Georgia, la Circasia, y la mayor parte de las provincias confinantes con el Ponto Euxino, que habian pertenecido á los romanos. La ley de todas estas vastas regiones era el Alcoran, y en ellas habia florecido por muchos siglos la religion christiana; pero Dios, que por sus terribles juicios quita su reyno á los pueblos que se descuidan en hacer buenas obras, no ha permitido aun que la luz de la fe se haya vuelto á encender en tantas naciones que la tienen apagada, á pesar de una multitud de hombres apostólicos que no han cesado en consagrarse á la instruccion de ellas.

Los mahometanos se dividieron en muchas sectas nacidas de las diversas interpretaciones del Alcoran, entre las quales unas son manifestamente heréticas, y sostienen opiniones universales reprobadas por sus fieles; y las otras forman solamente escuelas diversas teológicas, diferentes por sus opiniones, que aunque de ordinario son muy opuestas, no rompen la unidad de la creencia, ni se miran como contrarias á su fe universal. Su teología se divide en positiva y escolástica, la primera fundada en el texto del Alcoran, y la segunda apoyada en el raciocinio y autoridad de los doctores. Tambien tienen una especie de ciencia canónica, con la qual distinguen aquello que está fundado en el derecho divino, y lo que no tiene mas fundamento que el derecho positivo, esto es, la decision de los casuistas. Una cosa hay muy digna de admiracion, y es, que siendo el mahometismo tan favorable á las inclinaciones de la naturaleza, y al gusto de los placeres sensuales, hay no obstante en esta religion una moral rigurosa y otra moral relaxada, y unos doctores que llaman indulgentes, y otros rigoristas. Lo qual viene á ser, que no hay doctrina

que no se represente al entendimiento, baxo diferentes aspectos recibidos por unos y negados por otros; y que para asegurarse el entendimiento humano necesita una autoridad suprema, cuyas decisiones terminen toda explicacion arbitraria, y dominen igualmente en todos los miembros de la sociedad religiosa.

## ARTICULO III.

*Estado del entendimiento humano, con relacion á las letras y á las artes, en el siglo octavo.*

Hay en medio de los inviernos algunos dias en que el cielo está tan cargado de nubes tan lóbregas y gruesas, que son impenetrables á los rayos del sol, y las noches tan oscuras que no alcanzan las luces artificiales para suplir la falta de la natural; ántes bien parece que hacen las tinieblas mas perceptibles. Tal fué la noche profunda que obscureció el imperio de las letras en el siglo octavo. Parecia que la ignorancia y la barbarie habian llegado á su colmo en el siglo precedente, y que era imposible levantarse del estado deplorable en que el entendimiento humano estaba sumergido. Pero pasó aun mas adelante la obscuridad de la razon, y se fueron aumentando las tinieblas hasta el reynado de Almanzor en Oriente, y el de Carlo Magno en el Occidente. Levantóse entónces una luz favorable en el Orizonte, pero su resplandor pasajero solo pudo hacer percibir los progresos del mal, y luego que desapareció, cayó de un golpe en una obscuridad mas profunda que de la que se habia esperado salir.

Constantinopla y toda aquella parte del Oriente que estaba todavia en la obediencia de los emperadores griegos, estaban assoladas con facciones de todas especies, unas con la ambicion y avaricia de los grandes, que aspiraban á los primeros empleos, á los honores, á las riquezas, y aun á la soberanía; otras en el pueblo con el descontento, el deseo de la novedad, la esperanza de ser menos infelices, y con la mudanza de señor; otras en los exércitos con la inquietud, el deseo del pillage, y mas que todo con la desobediencia; otras en fin tenían por principio las disputas teológicas, y no eran las ménos alentadas, ni las ménos funestas. Habia revoluciones, sediciones, órdenes